

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

555

50
cts

VERA FLORY
JAMESON THOMAS

NUMERO
EXTRAORDINARIO

EL ULTIMO CAPITULO



HISCO TT, Leslie

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco María Bistagne

Paseo de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año X

BARCELONA

N.º 555

T. original
El último capítulo

Adaptación cinematográfica de la novela
de C. M. Matheson: **THE FEATHER**.

Interpretada por

Jameson Thomas, Vera Flory, etc.

Dirigida por James Carter (el Director

es HISCO TT. de ** British Cinema ** y
Film Mexican

Exclusivas de

BALART Y SIMÓ

Aragón, 249

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de

GARY COOPER

Prohibida la
reproducción

L'ip, Barcelona - Arrieta, 206 - Teléfono 78087 - Barcelona



El último capítulo

Argumento de la película

El editor Charles se encontraba aquella noche en su amplio hogar de salterón, examinando una colección de sellos antiguos. Entre varios papeles encima de la mesa, había una breve carta que había recibido poco antes y que decía así:

"Espero no habrá usted olvidado a su viejo amigo. Esta noche pasaré a visitarle."

ROGER DALTON

Pero Charles, preocupado con el minucioso examen de los sellos, no se acordaba ya de aquella visita anunciada. Se había sorprendi-

do, efectivamente, al recibir noticias del antiguo amigo, después de varios años de silencio. Pero hombre frío y que sabía ocultar sus sentimientos, no demostraba demasiado interés.

Eran cerca de las nueve cuando entró en su despacho un hombre alto, delgado, joven aun, con el cabello ligeramente blanqueado en las sienes y el bigote negro y recortado.

Miró con profunda emoción a Charles, quien se levantó al verle, y cordialmente, sin reserva ninguna, estrechó su mano entre las suyas.

—¡Mi querido Roger!

—¡Oh, Charles! Pensé que quizás no quisiera usted recordarme.

—Nunca me olvido de los viejos amigos. Le recuerdo con frecuencia.

Sacó de un cajón un recorte de periódico en que figuraba la fotografía de Roger Dalton, con esta leyenda al pie:

ROGER DALTON CONDENADO A TRES AÑOS DE PRESIDIO

Ha sido fallada la causa contra Roger Dalton, ex director de la Sucursal de la Compañía de Seguros "La Providencia", por malversación de fondos.

Se recordará que Roger Dalton fué detenido en

la Estación Victoria cuando se despedía de unos amigos, después de haber cometido un desfalco de mil quinientas libras, pertenecientes a dicha Compañía de Seguros.

—No pude ocultar mi deshonra. La prensa le dió publicidad—lamentó tristemente Roger.

—No se preocupe, amigo mío... A pesar de todo lo que se dijo entonces, siempre le consideré inocente de aquel delito.

La sonrisa de Roger se hizo más amarga.

Se equivocó usted—murmuró—. ¡Yo era culpable!

—¿Cómo?

—Y sin atenuaciones, sin disculpas... Yo desfalqué el dinero de la Compañía.

—Roger, nunca hubiera creído...

—Aquí está mi historia, escrita en la soledad de la celda del presidio... Está en forma de novela... Tal vez pueda interesarle a usted para ser publicada. ¿Quiere usted comprármela?... Yo necesito dinero... Me hará usted un gran favor.

—¿Una novela? ¡Es curioso!

—Léala primero... Y si luego vale la pena de publicarse, me paga usted lo que le parezca.

—La leeré mañana.

—Ahora mismo, si es posible... Esta misma noche... Necesito dinero. Se lo suplico.

Charles vaciló unos momentos y luego se sentó ante su mesa de trabajo.

—Voy a leerla. Pero que conste que le sigo estimando a usted como un amigo, a pesar de lo que me ha confesado.

—Y se lo agradezco en el alma.

Roger se sentó en otro sillón, junto a la chimenea encendida. Allí, muellemente reclinado, esperaba el momento en que Charles terminase su lectura. Y el editor comenzó la lectura de la novela; mejor dicho, de la historia real...

Tres años antes, Roger Dalton ocupaba el cargo de director de una Sucursal de la importante Compañía de Seguros "La Providencia".

Cierta noche desahogado, tuvo que ir Roger a una humilde casa situada en un barrio muy céntrico, para enterarse de la muerte de John Cotterell, un industrial que tenía hecho desde hacía tiempo un seguro de la vida a la Compañía.

Subió al segundo piso; a medida que pisaba la escalera, llegaban dulcemente a sus oídos el suave rasgueo de una guitarra y una voz suave, fresca y magnífica de mujer.

Precisamente aquel canto surgía del piso que él iba a visitar. Le extrañó aquella canción alegre, de amor, en una casa donde el día antes habían enterrado al marido.

Antes de llamar, volvió a consultar las señas, temeroso de haberse equivocado.

Una voz sonó detrás de él.

—¿A quién busca usted, señor?

Se volvió y vió a un hombre de mediana edad, calvo y vestido de negro. Era un vecino del piso de enfrente, pianista en un café.

—A la señora Mavis Cotterell.

—En esa puerta es.

¿Dónde cantan?

—Justamente.

—Bien, gracias.

—La señora tiene una voz de ángel.

—Estoy de acuerdo.

Ullamó; la voz cesó de cantar. Momentos después franqueóse la puerta.

Ante Roger apareció una mujer bien proporcionada, rubia, de un oro finísimo, de cuerpo espléndido y escultural, de mirada vaga, en que flotaba como una sombra de melancolía.

—¿Desca usted?

Roger le entregó su tarjeta. Ella leyó:

Compañía de Seguros "La Providencia."
184. Poultry W.

Representada por Roger Dalton.

—Pase. Tome usted asiento. Haga el favor—le dijo con una voz dulcisima.

Contemplando fijamente a aquella mujer, cuyas manos sostenían aún la guitarra, Roger ocupó una silla y dijo:

—Usted perdone; pero como la Compañía exige ciertas formalidades antes de satisfacer el seguro sobre la muerte de...

No se atrevió a concretar la personalidad del señor Concrell.

—De mi marido. ¿verdad?

—Eso... Creo que murió hace dos días—continuó sin poder contener su extrañeza, pues nada señalaba en aquel hogar un duelo.

Mavis tuvo una extraña sonrisa.

—No le sorprenda a usted haberme oído cantar... No estoy triste: mentiría cobardemente si dijese lo contrario... Mi marido fue un matvado... Y que Dios me perdone, como le habrá perdonado a él.

—¿Fue usted desgraciada en su matrimonio?

—Mi esposo me hizo insoportable la vida con sus celos y con el brutal espectáculo de sus juergas...

—La compadeczo de veras, señora.

Extendió sobre la mesa un cuestionario y pidió varios informes a Mavis acerca de las condiciones y circunstancias del fallecimiento: una muerte vulgar, producida por una pulmonía.



—No le sorprende a usted haberme oído cantar.

A medida que Roger oía hablar a aquella mujer, se decía que pocas veces había escuchado una voz que acariciara el oído como aquella.

A veces, él quedaba con la pluma en la ma-

Empezó a comer. Los manjares le parecieron mal condimentados. El perro de la casa se acercó en demanda de algún huesecito que roer. Sin apetito alguno y sin que pudiera despertársele un plato mal guisado, sin sustancia, Roger dió toda la cena al can, para quien pareció aquello un día de fiesta mayor.

Mientras el animalito se solazaba con aquel pedazo de carne que le sabía a gloria, entró en el comedor la severa señora de Roger.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!... ¿De modo que toda la cena al perro?—le dijo con violencia.

—No tenía apetito. Se la di.

—Pues se guarda la comida para mañana; porque no somos tan ricos para malgastar.

—No me gustan los platos del día antes.

—Gana más sueldo, y entonces te servirán mejor.

—Hablas sólo para decir impertinencias.

—De ti las aprendí.

Dió ella una patada al perro, y quitándole el plato, en el que quedaba aún un poco de carne, lo dejó encima de la mesa.

Luego, mirando fijamente a su marido, le dijo, cambiando de conversación:

—¡Siempre el mismo! ¡Qué poco interés tie-

nes para mí! ¡No me preguntas siquiera en dónde he estado!

—¡Ni me importa!

—¡Nunca te ha importado! ¡Nuestro matrimonio no ha sido más que una parodia! ¡Una burla!

—¿Y quién tuvo la culpa sino tú?—gritó exasperado—. Jamás encontré en ti verdadero cariño, ni atenciones, ni esas pequeñas cosas con que las mujeres alegrian la vida del hogar. Eriste para mí siempre algo extraño, y te preocuparon más las amigas chismosas y murmuradoras, que los cuidados de tu casa. ¡Y aun me pides comprensión! ¡Tú no la tuviste nunca!

—¡No puedo escucharte! ¡Qué asco! ¡Mejor será que terminemos de una vez esta farsa!

—¡Cuando tú quieras!

Melancólico, viendo que se deshacía aquella caricatura de hogar, Roger se encerró en su despacho. Allí permaneció largo rato, pensando en Mavis, la bella adorable, que tan súbitamente se había adueñado de su corazón.

Después se dirigió a su cuarto. Quería dormir para soñar en aquella criatura única.

Entró en la alcoba matrimonial. Su esposa se estaba arreglando ante el tocador, procurando corregir, como hacía todas las noches, los

desperfectos que la jornada diurna había causado en su rostro.

A la vista de su esposa revivió en el alma de Roger la tragedia del hogar y le repugnó la idea de tener que permanecer toda la noche al lado de aquella mujer, por la que no podía sentir ningún interés sentimental.

Sobre el lecho estaban su pijama y la camisa de noche de su mujer. ¡Oh, no! No quiso volver a sentir junto a él el calor de aquel cuerpo que encerraba un alma tan poco interesante, tan monotonamente vulgar...

Y cogiendo bruscamente su pijama, se encaminó hacia la puerta para ir a dormir en el cuarto que llamaban de los forasteros.

Sintió ella el escoror del desprecio, de la ofensa, y dijo con voz silbante:

—No sabes el favor que me haces marchándote.

—Uno más a los muchos que me tienes que agradecer.

—No; el único que te agradezco. ¿Quieres terminar de una vez? Piensa que no estoy deseando otra cosa—gritó ella.

—Ni yo.

—Pues acabemos. Nuestra vida matrimonial ha sido una burda comedia. Ni tú ni yo nos he-

mos completado jamás. Fue una boda impuesta por nuestros padres. Deshagamos el error. Somos dos polos opuestos.

—¿Tú lo quieres? Pues mañana mismo me marchó de casa.

—Seré yo quien saldrá de aquí con mi sobrina. No quiero que nada me recuerde nuestra comedia conyugal. Me iré a vivir con mis padres.

—Te lo agradeceré mucho—dijo Roger sin perder la serenidad—. Y voy a presentar inmediatamente la demanda de divorcio.

—Y todas las ventajas serán para mí.

—¿Para qué hablar ya más? Eso lo dirá el Tribunal.

Y sin querer atender las nuevas frases con que la esposa quería zahirle, se dirigió al cuarto de los forasteros, con una alegría extraña en el alma, sintiéndose más libre que nunca, pareciéndole que desde el día de mañana su existencia iba a cambiar.

No experimentaba la más ligera sombra de melancolía ante la separación. Nada le unía a su esposa, y eso que llevaba a su lado más de cinco años de casado. En cambio conocía a Mavis desde aquella noche, y notaba que todo su corazón estaba lleno de su recuerdo. Y es que

en amor el tiempo no cuenta: sólo vale la intensidad.

Terminó la comedia matrimonial. Al día siguiente, la esposa de Roger y su sobrina abandonaron aquella casa con el firme propósito de no volver jamás a ella. Y cuando vió su casa vacía, sintió Roger la alegría del estudiante que rompe la vigilancia de su tutor.

Todo cambió desde aquel día en su vida. Se sentía rejuvenecido como si hubieran inyectado a su corazón la raíz divina de una nueva primavera. Había organizado su vida de otra manera. Comía en el restorán y se quedaba a dormir en su casa vacía, cuidada ahora por la portera. No añoraba para nada el recuerdo de su cónyuge. Quitó todos los retratos de ella con el anhelo de borrar sus recuerdos.

Y una y otra vez, al terminar su trabajo diario, Roger iba a ver a Mavis, con el pretexto de informarla acerca del seguro.

Se pasaba largos anocheceres a su lado, explicándole su vida, cuyo caso de infelicidad era tan parecido al de la viuda. Mavis, con su voz dulce y confidencial, le contaba también su existencia de desdicha junto a un hombre odioso y rudo, cuyo grosero materialismo se quebraba con la espiritualidad que emanaba de un alma temerosa y buena.

Se habían hecho muy amigos. Roger le entregó una noche el importe del seguro, y a pesar de que ya desde aquel instante no había justificación adecuada para sus visitas, siguió frecuentando aquel pisito que ya le era familiar.

Mavis cantaba a menudo su canción favorita: una melancolía dulce y entenebrecida titulada "Tres rosas rojas"... Y Roger la escuchaba con emoción, sintiéndose bañado por el dulce encanto de aquella voz y de aquellos labios que modulaban tan graciosamente.

Mavis no era inglesa, sino austriaca. Y a veces cantaba también canciones de su tierra, impregnadas de la nostalgia de las orillas del Danubio...

Roger vivía con la ilusión del adolescente que tiene a la verdadera novia de su vida, a la que luego no olvidará ya más. Se hacía la ilusión de que era soltero, de que por su alma no había

pasado jamás el temporal del desengaño.

Por su parte, Mavis le trataba como a un amigo de confianza.

Todas las noches, Roger solía llevarle en recuerdo de la canción, tres rosas rojas, que compraba a una vieja florista, cuyo puesto estaba frente a la casa de Mavis.

Una noche, llevando como de costumbre su delicado regalo, la flor, que como ciertas almas humildes es a veces lo que vale más, llamó al pisito.

En el rellano de la escalera encontró a James, el viejo músico que vivía en el piso de enfrente y que ya le conocía por sus frecuentes visitas.

Se saludaron. Mavis abrió la puerta y franqueó la entrada a su amigo, saludando al vecino, quien la dijo con cordialidad:

—No deje de cantar otra vez esta noche, señora... Su voz es el único consuelo de este viejo músico.

—¡Oh, no tengo pretensiones!

—Yo le digo que tiene una voz de oro.

—Gracias por su bondad, James.

Cerró suavemente. Roger se había sentado y le ofrecía, como de costumbre, las tres rosas rojas;

Mavis aspiró su perfume, y luego dijo, como ligeramente preocupada:

—Quiero hacerle una pregunta, Roger.



—Quiero hacerle una pregunta, Roger.

Y fijó en él sus ojos de luz azul.

Siendo suya, será agradable.

A veces, no. Dígame, ¿por qué viene a

verme tan a menudo, cuando ya está arreglado lo del seguro?

Roger pareció desconcertado ante esta actitud que no esperaba.

—Cree que... siendo usted extranjera... y estando tan sola...

—¿Y si yo prefiriera estar sola?—dijo, con una sonrisa tan dulce que parecía desmentir la afirmación.

El la cogió tiernamente una mano.

—Mavis... usted sabe la tragedia de mi vida... de mi hogar deshecho... ¿No querrá usted aceptar mi amistad?

—¿Y si yo no deseara considerarle como... amigo?

Hizo Roger un gesto de extrañeza; pareció dudar acerca de lo que significaban aquellas frases y luego exclamó:

—Quiero ser para usted algo más que un amigo suyo... Nuestra amistad, tal como está ahora, no puede durar; yo necesito expresarle a usted los sentimientos de mi alma.

Mavis se había levantado, dirigiéndose junto a la ventana, mirando tras los visillos la calle oscura, llena de bruma, de la noche londinense.

Mavis, yo quisiera expresarle todo lo que usted significa para mí. Hasta hoy mi vida no

había tenido objeto. De soltero, porque me encontraba solo y sin saber en quién cifrar mi ideal; de casado, porque equivoqué la senda de la dicha... Pero desde que la conozco a usted, todo ha cambiado, Mavis; todo es distinto; todo tiene para mí un sabor nuevo... ¡Y es que la adoro, Mavis! No es mi cariño fogosidad de un instante; la amo lealmente con un amor que quisiera llamar eterno.

Mavis sonreía con la boca entrecabierta de felicidad y los ojos un poco enternados y voluptuosos. Tal vez por vez primera escuchaba una música mejor que la de las más grandes artistas.

Pero habló lentamente, con melancolía.

—Me da miedo el amor, Roger... La pasión es una llama ardiente y devoradora. ¿No hemos nosotros a abrasarnos en ella?

—¿Y qué importa ello? A mí no me espanta. A tu lado, Mavis, no habrá lucha que no podamos vencer.

—No sé, Roger... Tengo miedo... te lo aseguro; tengo miedo esta noche.

Se había acercado mucho a él, y Roger sentía sobre sí el calor juvenil de aquel cuerpo de nardo y seda.

—¡No temas, Mavis! No te dé miedo el ma-

¡Ana... Yo te protegeré siempre... Nuestro amor velará por nosotros... Dime si me quieres.

Ruborizada, sus brazos de mujer rodearon el cuello de Roger.



—Me da miedo el amor...

—¡Para siempre! ¡Te amé desde la primera vez que viniste a mí!—le contestó.

—¿Ya no tienes miedo?

—No quiero pensar en él... Siento algo indefinible que no acierto a expresarte.

Sus labios se juntaron... Y el sencillo pisito

que antes, en la época en que vivía el marido de Mavis, había conocido las noches inasufribles del amor sin amor, supo ahora lo que era la gloria de dos que se quieren de veras.



Te amé desde la primera vez que viniste a mí.

Todo cambió a partir de aquel día. No sólo Roger amaba, sino que era correspondido. Pero para no dar que maliciar a los vecinos, no

vivía con Mavis, limitándose a pasar a su lado todas las veladas.

Sin embargo, James, el músico, sabía que se adoraban. Y hombre en cuya vida de solterón había el fracaso de un querer no correspondido, alentaba aquellos amores, que en vez de producirle cavidia le causaban una ternura poética, pensando lo que hubiera podido ser de su vida de haber logrado el cariño de su amada.

Algunas veces procuraba hacerse el encontrado en la escalera con Roger.

—Su amiga canta admirablemente... Tiene la voz más hermosa que yo he oído. Es una lístima que no se dedique al canto.

Es verdad.

No hay derecho a que permanezca olvidada esa nueva Patty. Debería usted insistir para que se diese a conocer.

—Tiene usted razón.

Y como un gran señor, pagó aquellos consejos de James regalándole un billete de una libra.

Y en días sucesivos, oyéndola cantar, Roger Danton se decía que James estaba en lo cierto; que era lamentable que aquella voz tan divina no pudiera ser oída por el mundo.

Cierta día Mavis recibió la visita de la ve-

cina del piso de abajo, una mujer que se dedicaba al complicado oficio de pitonisa, de adivinadora.

Aunque Mavis se negaba a ello, la convenció para que la dejase consultar su horóscopo.

Extendiendo las cartas sobre la mesa, le dijo después de varias invocaciones ininteligibles:

—¡Posee usted un don divino, Mavis!... Pero si jamás hace uso de él, el hombre que la quiere se verá separado de usted...

—¡Qué tontería! ¡Yo no creo en esas cosas!

El oráculo nunca se equivoca.

—¡Bah! Casualidades...

Entró Roger con James, y después de sostener todos juntos un ratito de conversación, los dos verinos se marcharon, sabiendo que los enamorados son gente amiga de la soledad.

Roger llevaba, como siempre, las tres rosas de fuego, simbolizando el amor, el sacrificio y la eternidad; esas tres ramas del árbol glorioso de la dicha.

Le pagó ella el regalo con varios besos en la boca, y luego cantó, acompañándose de la guitarra, la canción de "Las tres rosas rojas", suave y delicado himno al amor triunfal.

Pero mientras ella cantaba, volvía a decirse Roger que era sensible que aquella maravillosa

voz se perdiese entre las cuatro paredes de un pisito. ¿Por qué no darla al mundo? ¿Por qué ocultar aquel tesoro fragante de tan valiosa valor?

Cuando ella terminó, observó que Roger aparecía laciturno, abstraído en sus pensamientos.

—¿Estás preocupado, amor mío?

¡No!

—Algo te pasa.

—Pensaba en algo importante, Mavis... Creo que tu voz pertenece a todos, y que mi amor no debe ser tan egoísta que la impida manifestarse, verterse al exterior... Es un egoísmo mantener oculta un don tan divino como el que posees.

Ella se echó a reír.

—¡Oh, eso sí que no! Mira, precisamente la vecina de abajo me ha dicho que ese don divino podría separarme de ti.

—¿Qué tontería!

—No aspiro a la popularidad.

Tu vecino, el viejo músico, cree también que el mundo debe oírte. Y aunque yo te quiero con toda mi alma, y querría que sólo vivieses para mí, pienso que no tengo derecho a impedir el triunfo que te espera.

—¡No, Roger!... No hablemos de ello... ¡Yo sólo deseo cantar para ti!

Y aunque él no pareció muy convencido, como si le atormentara el remordimiento, no volvió a insistir, ante la rotunda negativa de ella.

Cierta tarde, James, el buen músico, que seguía con la preocupación de que era una verdadera lástima que Mavis se reclusiera en su casa, salió al encuentro de Roger y le dijo:

—¿No sabe usted? El gran tenor Rizzio está en Londres buscando una discípula... Consiga, al menos, que la oiga él, el divo famosísimo y excelso.

—¡Rizzio! ¡Oh, sería maravilloso si mi Mavis pudiera cantar con él! Sí, sí; voy a proponérselo ahora mismo.

Y ya reunido con Mavis, le habló con elocuencia y cariño de la necesidad de que ella cantase.

—Tú eres pobre...; yo lo soy también...

¿Por qué desperdiciar la ocasión que te brinda la fortuna? Tu voz es maravillosa...; puede ser para ti la base de tu riqueza...

—Me conformo con lo que tengo...; con que tú estés siempre a mi lado...

—Pero yo no puedo consentir que te sacrifiques por mí—le dijo con nítida hidalguía y sinceridad—. Es preciso que triunfes... Yo en un rincón recogeré las migajas de tu triunfo. Y tú te harás famosa y los rayos de tu gloria inundarán mi alma de luz.

Ella tenía miedo y se lo confesó a su amante:

—La adivinadora dijo que habría de serme fatal el canto...

—¿No pienses en ello, Mavis de mi alma!... Y si me quieres de vezas, déjame al menos que escriba al señor Rizzio...

Ella vaciló; pero al cabo dijo:

—¡Sea, Roger! No quiero disgustarte; pero conste que no tengo otra ambición que tú.

—Y yo la de tu amor y la de tu gloria.

—El amor primero.

—Creo que pronto me concederán el divorcio... y entonces me casaré contigo...

—Y unidos para siempre nada nos separará.

Y su charla dulce, monótona y hasta risible

para los extraños, se interrumpía de vez en cuando por las pausas admirables de los besos.

Roger escribió, pues, al señor Rizzio en nombre de Mavis solicitando autorización para que ésta pudiera cantar de prueba ante el famoso divo italiano.

Días después se recibía esta carta de contestación:

Londres W. 1. 15 marzo 1927.

Distinguido señor:

Me será muy grato conceder a usted y a la señora Cotterell una entrevista preliminar en nombre del señor Rizzio, el próximo domingo a las diez y media de la mañana.

Suyo afmo. s. s.

*Henry Chellis.
Secretario.*

Y aquel domingo, a la hora indicada, temblando ella de ilusiones, pues se había contagiado con el deseo de gloria que inundaba a su amigo, se dirigió acompañada de éste al hotel donde se hospedaba Rizzio, el cantante célebre y mimado de todas las públicas, el tenor de la voz de oro y del ademán dramático y augusto.

De aquella entrevista dependía su porvenir.



El secretario y administrador del señor Rizzio era un hombre vulgarote, con cierto barniz superficial de educación.

Contempló a Mavis y reconoció inmediatamente que se trataba de una mujer de espléndida belleza, muy apropiada para aparecer ante el público y predisponer a las gentes en su favor.

Si la voz correspondía al cuerpo, habrían encontrado a la discípula ideal.

—Señora... ahora la oíré cantar—dijo.

Ella le miró con frialdad, molestándole que el secretario pareciera interesarse más por la mujer que por la artista.

—Usted perdona, pero yo no canto ante otra persona que el propio señor Rizzio—respondió.

¿Cómo? Usted debe cantar primero ante mí y yo daré mi opinión...

—No, señor Challis—dijo Roger, un poco molesto—. La señora tiene razón. Ella ha venido para que la oiga Rizzio personalmente.

—Pues Rizzio no puede recibirlos a ustedes si no es por mi previa mediación.

—Anda usted muy equivocado—dijo Mavis. Y tocó un timbre.

—¿Qué hace usted?—protestó el secretario, sulfurado.

—Ya lo verá dentro de poco.

Apareció uno de los "grooms" del hotel.

—Muchacho, diga al señor Rizzio que Zita Janesci desea verle.

—Perfectamente, señor.

El botones desapareció, seguido del secretario, indignado al ver la actitud un poco desconcertante de aquella mujer que en vez de presentarse humildemente tenía ínfulas de consagrada.

Roger sin comprender preguntó a su amada:

—Pero, Mavis, ¿qué significa eso? ¿Por qué empleaste el nombre de Zita Janesci?

—Mi madre se llamaba así... Y conocí a Rizzio en Viena cuando yo no era más que una niña. Estoy seguro que dando ahora este nombre, Rizzio me recibirá en seguida y así se verán realizados tus deseos.

—¿Qué buena eres, Mavis, digo Zita Janesci!

—Para ti siempre seré tu Mavis.

Entretanto el secretario y el "groom" habían entrado simultáneamente en el cuarto del divo,

donde éste estaba sentado en un sillón, aguardando pacientemente a que acabasen de hacerle la manicura.

—Hay una señorita que desea verle—dijo el "groom".

—¿Quién es?

—Una aspirante a la plaza de discípula—indicó el secretario.

—¿Que se vaya a borramala! No tengo ganas de recibirla. Deberá cantar mal, como la mayoría de ellas.

—Dijo que se llamaba Zita Janesci—indicó el secretario con timidez.

El tenor dió un salto.

—¡Imbécil! ¿Cómo no me lo dijo usted antes? Voy a recibirla inmediatamente.

Yo no sabía...

—Nunca sabrá usted nada que valga la pena.

Rizzio, que era hombre de mediana edad, cabello abundante, de rostro enérgico, ojos apasionados y facciones finas, arregló cuidadosamente su "toilette" y después se dirigió, acompañado de su secretario, a la salita donde aguardaban los dos enamorados.

—¡Chiquilla!—dijo corriendo hacia ella y estrechándole cordialmente las manos—. ¡Cuántos

años sin verla! ¿Quién iba a pensar en usted!

La joven sonrió cariñosamente.

Cuando supimos que estaba usted en Londres, el señor Roger Dalton quiso que usted oyera mi voz. Yo no quería, pero él se empeñó, y no he podido negarme a venir...

El tenor y Roger se saludaron con afecto.

—Vamos a oírle con mucho gusto, muchacha... Será para mí una gran alegría aceptar si es posible como discípula a la hija de Zita Janesci.

Miró a su secretario y le dijo:

—Póngase al piano. ¿Qué va usted a cantar, señora?

—Cultivo canzonetas populares y también trozos de ópera.

—A ver... la ópera "Carmen", por ejemplo, ¿le interesa?

—Estoy a su disposición.

Y cantó magistralmente. En la sala reinaba la quietud inolvidable de un concierto de gala.

Ella cantaba radiante, serena, firme, sin temor alguno. Roger cerrando los ojos se sentía transportado a un paraíso de gloria.

Cuando terminó, Rizzio le apretó las dos manos con efusión...

—La acepto a usted como discípula—le dijo—. No podía encontrar nada mejor que su voz.

— ¡Oh, gracias, señor Rizzio!...

— Durante tres años viajará usted conmigo y estará usted bajo mi tutela. Yo haré de usted bajo mi dirección una cantante famosa.

Ella contempló desolada a su novio. ¡Oh, no podía aceptar! Tres años de separación, tres años de vivir alejada del hombre amado... Se acordó de la pitonisa. Pero Roger le dijo con dulzura:

— Estoy dispuesto a todos los sacrificios, Mavis, con tal de que triunfes.

— Es demasiado tiempo.

— No se preocupen—dijo riendo el tenor—. Tres años pasan pronto... Y hasta en obsequio de usted, reduciré mis honorarios a una pequeña suma... mil doscientas libras.

Rizzio, a pesar de la amistad que parecía profesar por la familia de Mavis, no demostraba ser espléndido. Era artista de la garganta, pero le faltaba ser artista del corazón.

Los dos enamorados se miraron con melancolía. ¿De dónde sacar aquella cantidad que les parecía fabulosa? Los dos eran pobres... Ella no tenía más que dos centenares de libras; él, su sueldo de director, bien retribuido, pero que no le permitía ahorros.

Roger cruzó las manos con nerviosidad, y ella,

comprendiendo lo que pasaba por aquella mente generosa, dijo:

— Es mucho dinero. ¿Y para qué? Estamos bien como estamos. Roger, tú sabes que yo no ambiciono nada, que para mí hay cosas más interesantes que el triunfo artístico.

— Pero tú también conoces mi punto de vista...

Y luego mirando a Rizzio le dijo:

— No podemos contestarle aún... Concédenme usted unos cuantos días de plazo, señor Rizzio, para ver si podemos reunir ese dinero...

— Claro que sí... Tiene usted de tiempo hasta el día veinticuatro, en que mi esposa y yo salimos para Bruselas.

— Pues entonces tendrá usted mi respuesta.

— Espero que ha de ser favorable. Ciertamente ahora desembolsan un poco de dinero, pero luego lo recobrarán con creces.

Marcharon los dos, y ya en la calle, Mavis, colgándose del brazo de Roger, le dijo:

— No pensemos más en lo imposible, amor mío... Ya ves cómo todo son dificultades...

— ¿Quién sabe si aun podremos arreglarlo?

— ¿Y cómo? Ni tú ni yo tenemos dinero... Es imposible...

— Tú no te preocupes, vida... Creo que hallaremos alguna solución.

Pero sus manos instintivamente tocaban la cartera en la que guardaba unos cuantos billetes, todo su capital. ¿De dónde sacar aquella cantidad?



—*Concédeame usted unos cuantos días de plazo.*

¡Una pequeña suma! ¡Mil doscientas libras esterlinas! Esto sería insignificante para Rizzia, que ganaba el dinero a montones, pero no para Roger, empleado distinguido, de categoría, pero cuyo sueldo no alcanzaba para aquel dispendio extraordinario.

Y durante ocho días, precisamente: los que faltaban para llegar al veinticuatro, fecha del vencimiento, apareció Roger, aturdido bajo el peso de una profunda inquietud.

La cuestión del dinero no había entrado para nada en su imaginación y apenas sabía qué hacer... ¡Ocho días tan sólo para encontrar mil doscientas libras!

Estaba anonadado por su mala estrella... intentó por todos los medios obtener las mil doscientas libras y esperó una oportunidad favorable... Pero así pasaron siete días... Había fracasado por completo... No se encuentra tan fácilmente una suma tan respetable.

¿Qué hacer? Pensó en un editor, Charles, buen amigo suyo, pero este hombre no estaba en disposición de prestarle aquella suma.

Y estaba ya pasando el séptimo día... Y ahora ya no quedaba tiempo para nada... Era un fracaso como siempre lo había sido. ¡Ole el tormento de no poder dar a la mujer amada lo que anhela el corazón!

Pero al día octavo, se presentó la oportunidad. Un cliente de la compañía debía ir a cobrar aquel día un seguro y había exigido el pago en efectivo...

Poco después de llegar aquel día a la oficina,

causado y perdida toda esperanza, recibió Roger un comunicado de la dirección y del que tuvo que librar recibo: Decía así:

Compañía de Seguros La Providencia.

24 de marzo de 1927.

Sr. D. Roger Dalton,

Director de la Sucursal R.

Muy señor nuestro:

Adjunto le remitimos la suma de 1.800 libras, en billetes de Banco, para cancelar la póliza de John Richard, que se presentará a hacerla efectiva personalmente, y al cual deberá hacerle llegar todos los requisitos de costumbre.

Quedamos suyos afmos. s. s.

Badwin,

Director General.

Dentro venían los billetes. Los contó con atención. Y de pronto ensombreció su imaginación la sombra de un mal pensamiento.

¿Si se atreviera? ¿Por qué no apoderarse de aquel dinero? ¿Por qué no sustraerlo para pagar los estudios de Mavis? Aquellas libras podrían ser la iniciación de la gloria de la mujer que amaba sobre todas las cosas.

Al principio rechazó estos siniestros pensa-

mientos, pero de nuevo le atormentaron hasta causarle una excitación nerviosa desesperada. Aunque ahora Mavis aparecía resignada, ¿no iba el día de mañana a lamentarse de no haber podido ser famosa y rica?

La idea de que ella pudiera acusarle de egoísmo le enloqueció, y acallando en el alma otros sentimientos morales, aquel hombre cometió el primer delito de su vida. Guardó afanosamente mil quinientas libras. Con ellas podría pagar al profesor y aun le quedarían a Mavis para las necesidades de aquellos años de viaje.

Pero apenas hubo guardado aquel dinero sintió como si se proyectase sobre su alma el calificativo de ladrón... Salió atemorizado, pero incapaz de volver atrás en su determinación.

Por ella, para darle la gloria, no le importaba perderse ni que naufragase su buen nombre. La pasión ponía nubes densas en su cerebro.

* * *

Entretanto, el músico James estaba en el pisito de Mavis hablando con ésta acerca de la gloria

que a ella le esperaba. Mavis le escuchaba sonriente como quien oye un fantástico y agradable cuento de hadas.

—¡Lo estoy viendo! El profesor en su puesto... La gran orquesta... El público delirante... y la ovación que estalla como un trueno.

—¡Oh, no tanto!

—Será usted una gran artista. La llamarán la divina Zita...

—No es seguro que vaya... Quizás Roger no traiga el dinero... No creo que lo logre alcanzar...

—¡Qué disparate! Un hombre que una vez me dio toda un billete de una libra, ¿no va a conseguir ahora lo que usted necesita? Le quiere con toda su alma. Verá cómo obtendrá el dinero.

Había entrado también la vecina de abajo, la pitonisa que había predicho a la joven tan desagradable porvenir, caso de que se decidiera a cantar en los teatros.

—Ya ve usted... —dijo Mavis—. Acaso me vaya con el tenor Rizzio... ¡Ay de mí si sus vaticinios se cumpliesen!...

Y tuvo una sonrisa incrédula.

—No se burle... no se burle... Alguna vez me he equivocado, pero no siempre... no siempre...

Llegó Roger Dalton. Andaba despacio, como bajo el peso de una gran preocupación. Parecía

como si el remordimiento comenzase a atornillarle.

Había visto al entrar, parado frente a la casa, a un policía que se hallaba casualmente allí, y su presencia le causó un miedo espantoso. Tuvo el presentimiento de que lo iban a detener.

La voz de los buenos consejos dió aún un grito de agonía: "Devuelve el dinero. Aún estás a tiempo..." Pero la voz de la pasión, la voz del amor por Mavis, que era sacrificio, abnegación y dolor, puesta que le obligaba a separarse de ella, pudo más y resistió al embato del bien y de la prudencia.

Mavis corrió a su encuentro fijándose en su extrema palidez, en la gravedad de su semblante.

—¿Qué te ocurre, Roger? ¿No te encuentras bien?

—Del todo... Mira, está todo arreglado... He telefonado a Rizzio... Vae a ir con él... Aquí tienes el dinero.

Y con gesto foso extrajo de su bolsillo un legajo de billetes que puso encima de la mesa.

Los ojos de Mavis brillaron un momento con el resplandor de la ambición.

—¡Roger! ¿De dónde los has conseguido?

—No te preocupes. Tenía unas acciones. Las vendí... Aun gané en la venta.

Ella no pudo contenerse y le estrechó entre

sus brazos con inmenso amor. Pero la idea de que tendría que separarse de él puso en sus ojos huellas de pesar.

—Lejos de ti no podré ser nunca feliz, Roger, nunca...

—Yo te esperaré con inmenso amor y jamás habré de olvidarte.

El músico y la pitonisa, que habían asistido en silencio a esos transportes amorosos, se retiraron... Y aquella noche fue la última de amor de Mavis y Roger... Noche de deliciosa intimidad, noche de cariño, pero que era al propio tiempo de oculta desesperación para Roger, a quien la conciencia le remordía a veces con un dolor sordo y punzante.

* * *

Al otro día Mavis marchó a Dover para embarcar con dirección a Bélgica. El famoso tenor Rizzio y su esposa iban con ella.

El divo había cobrado tranquilamente las

mil y pico de libras, comprometiéndose a hacer de Mavis una diva del "bel canto".

Pálido y desconcertado Roger despedía a la que era la mujer de su alma. Sus manos acurrucaban las suyas con un angustioso temblor. Se miraba a los ojos de ella, teniendo el presentimiento de que no volvería a verlos más.

Un muchacho preguntaba unos periódicos. Compró Roger dos o tres, y al ir a entregárselos a Mavis saltó a sus ojos una noticia que le heló la sangre en las venas.

Robo en una Compañía de Seguros.

La policía vigila todas las estaciones para detener al director de la Sucursal de una importante Compañía, desaparecida con los fondos confiados a su custodia.

Frenético, guardó aquel diario y entregó una revista ilustrada a Mavis.

Sonó la voz del jefe de estación invitando a subir a los viajeros.

Mavis se despidió de su amigo. Se abrazó a él, le miró profundamente, como si quisiera clavar el resplandor de sus pupilas en su alma, para llenarla de luz de cariño.

No dejes de escribirme—suplicó él, temeroso.

—En seguida que llegue a Bruselas. Y tú haz lo mismo...

—No me olvidaré de ti, neñita, en ninguna circunstancia.

Ni yo.

Un nuevo abrazo, un beso absorbente, intenso... Ella subió al vagón. Rizzio y su esposa, alegremente, se despidieron de Roger... Y el tren expreso comenzó su pausada marcha.

La mano de Roger se extendía nerviosa saludando al convoy, y cuando éste desapareció en la lejanía su brazo cayó melancólico, como los pliegues de una bandera a media asta.

Iba ya a salir de la estación cuando se le acercaron dos caballeros.

—¿Es usted ilger, Dalton?

—Sí... sí, señor —dijo turbadísimo.

—Somos agentes de policía. Tenemos orden de detenerle.

Roger hizo un gesto de abatimiento. Estaba escrito. Iba a pagar su locura.

* * *

Hasta aquí la novela; mejor dicho, la historia real que el editor Charles estaba leyendo.

Acabó la última página y sonrió a Roger que había permanecido sentado en un rincón, evocando su doloroso pasado.

Roger se levantó y se dirigió hacia él.

—¿Qué le parece a usted?—le dijo con melancolía.

—Muy interesante. La acepto. Le doy cincuenta libras.

—¡Gracias, gracias, Charles!

El editor extendió un talón y le puso en manos del desgraciado Roger.

—Con esto me iré al extranjero—indicó Roger—. Mi mujer ha muerto... ¡Mavis me ha olvidado.

—A su novela le falta un capítulo, amigo mío... Tal vez ella no ha olvidado...

—Una artista famosa no aceptaría a un estafador.

Usted no es un estafador vulgar... Cometió un delito, pero por amor a esa mujer.

—No me atrevería a presentarme ante ella... Y está en Londres, va a debutar mañana por la noche en el Victoria Hall. Aquí tengo un programa.

Y dió a Charles un bello papel de cartulina azul que anunciaba el debut de la famosa cantante Zita Janeser.

—¡Ella ha triunfado!—exclamó—. En el Victoria Hall sólo actúan las personalidades consagradas. No he vuelto a saber más de ella, nada sé de lo que ha hecho durante esos tres años que yo he pasado en la cárcel.

—Vaya usted a verla. Mavis le quiere a usted, no lo duda. Tal vez a su lado encuentre usted aún la debida compensación a su doloroso sacrificio.

—No sé... no sé...

Y marchó con la duda en el corazón... Pero a la otra noche no pudo resistir al profundo anhelo de ir a ver a aquella criatura adorada, y tomó un billete de entrada general para el aristocrático Victoria Hall.

La sala presentaba un soberbio golpe de vista. Abajo en la platea, "toilettes" elegantísimas, vaporosas, fracs y smokings que ponían su nota de severidad y de distinción. Arriba, las clases populares, gente del pueblo, con el fervor de su temperamento de artista.

¡Qué inmensa emoción experimentó el pobre Roger cuando vió surgir, gentil y bellísima, a la dulce Mavis!... Sintió unas ganas enormes de llorar y tuvo que cerrar los labios para no dar un grito angustioso, de pobre alma herida que necesita un apoyo.

Ella cantó magistralmente. Tuvo que repetir varias veces las canzonetas, los trozos de ópera, las canciones populares. Su divina garganta de cristal emitía sonidos maravillosos de los que hubieran tenido envidia los ruiseñores... Voz expresiva, pasional, majestuosa, fina y tierna como un arrullo.

Las ovaciones se sucedían con delirio... Rizzio, que había acompañado al estrado a la artista, sonreía triunfalmente ante el éxito delirante de aquella mujer, éxito repetido en Milán, en Roma, en Bruselas, en París, en Londres ahora.

—¡Qué sentimiento! ¡Qué pasión! Y sin embargo dicen que nunca ha amado—comentó un

individuo del pueblo que estaba bien poco enterado de la vida de la artista—. ¡Cómo fingió el amor!

Pero ella no fingía... Había amado realmente...



...cantó magistralmente.

y tal vez el recuerdo de su amor daba a su voz aquellas tonalidades únicas.

Roger llevaba en la mano tres rosas rojas que había adquirido a una vendedora callejera. Salíó, vacilante, a entregar a un portero aquellas

flores para que las diera a Mavis, que para cantar actuaba bajo el nombre vicieés de su madre.

Y cuando terminó el concierto, los criados empezaron a entrar en el escenario las grandes cestas de flores que le habían regalado sus admiradores. Un criado era portador de tres rosas rojas que Mavis emocionada recogió.

Rechazó todos los demás regalos para tener entre sus manos aquellas tres rosas que le evocaban las horas mejores de su felicidad. ¡Oh, aquel regalo simbólico! ¿No sería de él?

Buscó por toda la sala, mientras se inclinaba, buscando al hombre amado del que había carecido de noticias durante tanto tiempo, pero el salón era inmenso y la gente innumerable... ¿Cómo descubrir allí a Roger? Pero su alma le decía que él estaba entre el público, y así besó varias veces aquellas rosas como si fueran besos dirigidos a él.

Como los aplausos no cesasen, Rizzio le aconsejó volviera a cantar.

—Toque aquella pieza de Mozart...

—No; perdone, pero quiero cantar la canción "Tres rosas rojas".

—No... no... Tiene un motivo musical insignificante.

— ¡Canto lo que quiero... o no canto nada!

— Pero, Mavis, sea usted razonable.

Sin embargo, ella ordenó al director de orquesta que tocara su canción de las "Tres rosas rojas", y el público se electrizó con su tonada sentimental. Y allá, en un rincón del paraíso, Roger Dalton ocultaba sus lágrimas.

Cuando terminó definitivamente la audición, muchos admiradores se aglomeraron ante la puerta para despedir a aquella reina del arte.

Roger salió abatido por el peso de la emoción, y, oculto entre la gente, esperó la aparición de aquella criatura por la que él había destrozado su vida.

Resonaron grandes aplausos cuando ella pasó, alegre y triunfal, acompañada de Rizzio, en dirección del auto.

Sintió Roger el anhelo de arrojarse a sus pies, de decirle por última vez que la amaba con delirio. Pero temió ser rechazado y no se atrevió.

Partió el coche, y entonces vió Roger al editor Charles que también había asistido al concierto.

— ¡La he oído!... ¡Es maravillosa! — le dijo—. Amigo mío, no deje usted la novela sin terminar... Debe usted volver a verla...



... salió abatido por el peso de la emoción.

* * *

Y al día siguiente, después de sostener una violenta lucha consigo mismo, Roger se decidió a ir a ver a Mavis.

Se dirigió al hotel donde ella se hospedaba y

se hizo anunciar por su nombre. Y Mavis, que había pasado la noche sin poder dormir, preocupada por el envío de las tres rosas rojas, corrió a su encuentro.

Allá estaba, en la salita, más pálido, más flaco, con una gran tristeza en los ojos. ¡Pero era él, el amado inolvidable!

—¡Roger! ¡Roger!

Se abrazó al hombre que amaba con toda su alma, y Roger, quieto y grave, contempló con tristeza aquella criatura que vestía con espléndido lujo y cuyas manos estaban llenas de sortijas.

—¡Pero, Roger! ¡No me dices nada! ¿Qué cambio es ese? ¿Qué ha pasado?

Turbadísimo, le contestó:

—No quería verte... pero... no he podido resistir la tentación... Ha pasado, Mavis, que, desgraciadamente, tú ya no eres la misma... que ahora eres inaccesible para mí.

—¿Inaccesible? ¿Acaso me has escrito ni una sola letra en tres años? Abi están todas mis cartas devueltas. Dime, ¿por qué?

El permaneció silencioso, contemplando aquella criatura, deseoso de besarla, pero sin atreverse a hacerlo.

Mavis le rechazaría al enterarse de que era un estafador.



—¿Qué he hecho yo para merecer tu desprecio?

¿Por qué había venido? ¿No hubiera sido mejor no verla más?

—Dime, ¿por qué no me has escrito?

—No me era posible escribirte... ¡No podía!...

—¿Y por qué?

El guardó silencio.

—¿Es que ya no me quieres, Roger? ¿Qué he hecho yo para merecer tu desprecio? Te debo mi gloria, mi felicidad, ¿y luego no quieres que te la pague con mi cariño? ¡Oh, Roger, explícate!

—¡Mavis!

A punto estuvo de confesarle lo que había hecho por ella, cómo había pasado tres años en una cárcel para purgar aquel desfalco. Pero temió que ella desde su alto sitio de gloria le rechazaría, y apenado, pareciéndole que era un ser a quien el mundo tenía al margen de toda felicidad, dió un grito de dolor, y apartando a Mavis salió corriendo desesperadamente.

—¡Pero, Roger, Roger, mi Roger!—suplicaba ella.

El ya no la oía. Estaba lejos, corriendo, perseguida por la sombra de su pasado.

* * *

Aquella tarde el editor Charles recibió esta carta de Roger:

Querido amigo: Volví a enamorarme de ella como un insensato... y no tuve el valor de decirle que era un ladrón. Hay que terminar de una vez. Mañana sale ella con Rizzio para París y hoy emprendo yo un viaje mucho más largo...

Roger Dalton.

Profundamente inquieto, llamó a un criado preguntándole quién la había traído.

—Estaba en el buzón, señor.

Tuvo el presentimiento de que Roger iba a quitarse la vida, y desecho de salvarlo, se puso

rápidamente el abrigo y se dirigió al hotel donde se hospedaba Mavis.

Mavis sostenía en aquellos momentos una gran discusión con el tenor Rizzio.

—Ea usted una desagradecida —le decía el te-



—Ea usted una desagradecida,

—Tiene usted contratos que cumplir... No será capaz de romperlos.

—Ya les he dicho que no volveré a cantar jamás...

Un criado anunció que un caballero deseaba ver a la señora Jancsoi.

—No recibo a nadie—dijo ella.

—Es que dice que es asunto de vida o de muerte. Se trata del editor Charles.

—No le conozco. Pero, en fin, voy a recibirle.

A pesar de las protestas del tenor que quería que no le recibiese, ella se dirigió a la salita y encontró al señor Charles.

—¿Qué desea usted de mí?

—Le traigo noticias de... Roger Dalton.

—¿Usted? ¡Oh, siéntese, siéntese! ¿Usted conoce su vida? ¿Usted no sabe por qué hace tres años me abandonó?

—No la abandonó... El ha pasado tres años en la cárcel por usted.

—¿Por mí? ¡No es posible! ¡No puedo creerlo!

—Por usted lo dió todo... Y quizá, ahora, sea ya demasiado tarde...

Y someramente le explicó toda la verdad y le mostró aquella carta en que parecía que Roger amenazaba con matarse.

Y contra lo que Roger pudo creer, Mavis no le despreció al saber que había estado en la cárcel. Sintió al contrario una inmensa ternura ante su

sacrificio, ante aquel amor ahogado que había sufrido tanto para que ella pudiese triunfar.

—¡Oh, Dios mío!—dijo—. ¿Dónde vamos a encontrar ahora a Roger?

—Yo conozco su dirección. Corramos a su casa. Acaso se encuentre en ella.

Sabiendo a un automóvil se encaminaron allí rápidamente.

Momentos antes, después de vagar por Londres como dando un adiós a la gran ciudad, Roger Dalton había entrado en su casita.

Considerándose incapaz de que Mavis le perdonase y no pudiendo tampoco vivir sin su amor, pues había renacido su pasión al verla de nuevo, se disponía a poner fin a su existencia.

Había comprado unos polvos tóxicos que vertió en un vaso lleno de agua. Escribió después una nota para que no se culpase a nadie. Y cerrando los ojos se dispuso a morir.

Un último pensamiento flotaba en su alma. ¡Mavis! ¡Mavis! Por piedad, él no había dicho lo ocurrido. Su conciencia le recordaba por haberla visto otra vez.

Y en el momento en que su mano cogía el vaso, abrióse bruscamente la puerta y aparecieron Mavis y Charles.

Ella adivinó lo que aquel hombre iba a hacer y corrió a detenerle el brazo.

—¡Roger!... ¡Roger!... ¡Lo sé todo!
El la contempló con espanto.



...Un último pensamiento flotaba en su alma

—¿Qué sabes tú? ¡No, no quiero que sepas!

Toda la verdad, mi bien. Que estuviste en la cárcel por mí, para encubrirme haciéndote tú. ¡Mi pobre Roger!

—Pero ¿no me rechazas, teniendo un pasado así? —dijo él.

—¡Te quiero! ¡Soy tuya!... ¡No te abandonaré jamás!

Y sus bocas se unieron mientras el editor Charles se limpiaba rápidamente una lágrima traidora.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16; Madrid: Caños, 1

Ediciones especiales

ACABA DE APARECER:

Esclavas de la moda

(Asunto totalmente hablado en español)

por **Carmen Larrabeiti, Julio
Peña, Blanca de Castejón
y Félix de Pomés**

EN BREVE:

PETIT CAFÉ

por **Maurice Chevallier
y su esposa Ivonne Vallée**

y

HAY QUE CASAR AL PRINCIPE

por el «divo» de la pantalla **JOSÉ MOJICA**

Precio popular: 1 peseta

¡FORMIDABLES ÉXITOS!

Haga sus encargos desde ahora mismo

Formidable éxito de la nueva
Biografía-Interviú
de
JOSÉ MOJICA

(3.ª edición)

Letra de las canciones de

El precio de un beso
Ladrón de amor y
Hay que casar al príncipe

Numerosas ilustraciones
de actualidad

Postal con autógrafo

Precio: 50 céntimos

y de la colección de 6 postales de

JOSE MOJICA

Precio: 30 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas - 2. Madre pecadora - 3. Estrella simbólica - 4. La rosa del pasado - 5. La mujer de Salomón - 6. Jimmy, el misterioso - 7. Nueva mujer, nueva vida - 8. Amante - 9. Tres la curfina - 10. Los misterios de Londres (La divina pecadora) - 11. En la vieja Arizona - 12. Honrarás a tu madre - 13. Nobleza bafarra - 14. Su majestad El Amor - 15. Amor satestro - 16. Eugénie Grandet - 17. Ante el mundo - 18. La hermana Blanca - 19. De mujer a mujer - 20. Mujeres frívolas - 21. No me olvides - 22. El caballero del amor - 23. Estrellas fugaces - 24. Tobillos de oro - 25. Un nombre de la amistad - 26. El prisionero de Zenda - 27. Son las traidoneras - 28. El príncipe Stravos - 29. Fútbol, amor y toros - 30. Hombres peligrosos - 31. Sed de castillo - 32. Luna de miel - 33. Shari (la hechicera oriental) - 34. El príncipe de los diamantes - 35. Una mujer en Wall Street - 36. Las tres hermanas - 37. Cruz o cruz - 38. La calle del azar - 39. La batalla de París - 40. Meas compa - 41. El conquistador - 42. La casa del millón - 43. El enemigo silencioso - 44. El príncipe X - 45. Canción gitana - 46. ¿Quién disparó? - 47. El capitán Tormenta - 48. Arcé les - 49. Estrellas del Edén - 50. Siete días con licencia - 51. ¡Que hombre tan gaupol! - 52. Betacón - 53. La santa amistad - 54. Dramas del circo - 55. El reportero del diablo - 56. Vértigo del tango - 57. La noche es nuestra - 58. El premio de belleza - 59. ¡Siempre alerta! - 60. El misterio de Villa Elena - 61. El testamento Nodélot - 62. Oro y sangre - 63. Ingeniosidad peligrosa - 64. La incuba del oro - 65. Hermanas frívolas - 66. Estrellas de Occidente - 67. Desemparado - 68. Un plato a la americana - 69. La casa de la Seta - 70. El defensor.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

¡NOVEDAD!

¡ÉXITO!

EL FILM RUSSO

Publicación de asuntos rusos llenos
de emoción y extraordinario interés

Números publicados:

EL EXPRESS AZUL

EL BATELERO DEL VOLGA

EL PUEBLO DEL PECADO

EL ESPÍA

LA DANZA ROJA

ESTA SEMANA: El emocionante asunto

IVAN, EL TERRIBLE

Precio: **50** céntimos

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10, bis. - BARCELONA

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléfono 18351 - BARCELONA
